



la ciudad con una solemne procesion en veintisiete de Marzo, y el siguiente dia se bendijo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa Maria de la Palma, por ser Domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfia pasaban sus casas y menaje á la ciudad, y se querian allí avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos.

Puestas en órden las cosas de Algecira, el rey se partió para Sevilla. Allí le vino la embajada de Eduardo, rey de Inglaterra, para pedir al rey D. Alonso que su hijo legítimo D. Pedro casase con su hija Juana. D. Alonso por entónces vino en ello, mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra, conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la bata-

lla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen; éstas, por tenerle grato, se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, ántes le envió luégo desde África sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría, por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de África quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos, no dejaban ningun género de alegría, ni de religiosa demostracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

El rey de Mallorca es despojado de su reino por D. Pedro, rey de Aragon.—El rey de Francia se apodera de algunos pueblos del señorío de Montpellier.—El rey de Mallorca se prepara para la guerra, y pide socorro al de Aragon.—Mas éste trata con astucia de despojarle del reino, y le acusa de varios crímenes.—El rey de Aragon acomete la isla con una armada poderosa, y se apodera de ella.—Se apodera por fuerza de Vizcaya y de los estados de los Lara.—Nace en Aragon el infante D. Juan, y cesan todas las discordias sobre la sucesión al trono.—Se le da el título de duque de Girona, que desde este tiempo llevaron siempre los primogénitos de la casa real.—Los reyes de Aragon y Castilla quieren ganar la amistad de D. Carlos, rey de Navarra.—D. Pedro junta Córtes en Valladolid.

CAPÍTULO XXI.

El rey de Mallorca es despojado de su reino por D. Pedro, rey de Aragon.—El rey de Francia se apodera de algunos pueblos del señorío de Montpellier.—El rey de Mallorca se prepara para la guerra, y pide socorro al de Aragon.—Mas éste trata con astucia de despojarle del reino, y le acusa de varios crímenes.—El rey de Aragon acomete la isla con una armada poderosa, y se apodera de ella.—Se apodera por fuerza de Vizcaya y de los estados de los Lara.—Nace en Aragon el infante D. Juan, y cesan todas las discordias sobre la sucesión al trono.—Se le da el título de duque de Girona, que desde este tiempo llevaron siempre los primogénitos de la casa real.—Los reyes de Aragon y Castilla quieren ganar la amistad de D. Carlos, rey de Navarra.—D. Pedro junta Córtes en Valladolid.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó fué que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno: grande desafuero del rey de Aragon D. Pedro el Ceremonioso, que era el que tenía más obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de enseñorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un rey, su pariente, no le enterreciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Montpellier es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sujeta á los obispos de Magalona, por cuya permission ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca, como y en la forma que arriba se mostró.

Destá manera, poco á poco fué en disminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece más la fuerza y anto-

jo de los reyes, que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fué vender (como vendieron más de cincuenta años ántes deste tiempo) este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con dolor desta compra, los franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Montpellier se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca: decian que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenían más derecho que los obispos de Magalona, no debian, ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseian los mismos prelados. Vinose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdiccion y señorío de Montpellier, y pusieron en ellos sus presidios.

Apercibiase el rey de Mallorca para la guerra: pidió al rey de Aragon que aquello que po-



seía por gracia y como feudo de Aragon, con sus armas le fuese conservado y defendido. El rey de Aragon, con una profunda astucia y sagacidad, y con una infinita ambicion, contemporizaba con el rey de Francia, y parecia pretendia más agradarle que favorecer á su deudo. Entendia y deseaba que por tener de suyo pocas fuerzas, desamparado de otras ayudas, vendria á ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le instaba y pedia socorro, no le daba otra ayuda más que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla: respondió el aragones á la demanda del mallorquin, que él haria lo que se le rogaba, en caso que el rey de Francia no quisiese fenecer este pleito por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una parte á otra muchas embajadas, todas con el fin de poner dilacion al negocio, no con ánimo de dar algun socorro al necesitado.

Para cubrir estas marañas con capa de justicia, procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas y levantar muchos testimonios al miserable rey. Que no reconocia sujecion á los reyes de Aragon, y que aunque era llamado, no venia á las Córtes: que en Perpiñan, sin poderlo hacer, labraba moneda baja de ley, de cuño y peso no acostumbrado; sobre todo, que en Barcelona, do vino debajo de la fe y confianza de vistas, se conjuró para matar al aragones; trato que descubrió la misma mujer del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del rey, su hermano; finalmente, que trató con el rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo rey de Marruecos, de confederarse en daño de Aragon. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos; la fama fué que se los levantaron, á que hizo dar crédito la destruccion del desdichado rey, y pensar que muy á tuerto le despojaron de su estado. Estos fueron los principios de las desastradas discordias que el papa y la reina de Nápoles, doña Sancha, parienta de ambos reyes, procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna.

Los mallorquines (como suele acontecer en los señoríos pequeños) estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos; y como quier que no esperasen ser relevados dellos, no les pesaba de

mudar señor. Vino el negocio á rompimiento de guerra, y del cerco de Algecira fué llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dijo. Juntóse una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenia ciento diez y seis bajeles; partió el aragones del cabo de Llobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenian juntados trescientos hombres de á caballo y quince mil de á pié, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fué luégo desbaratado el rey de Mallorca, y huyó á la ciudad de Poncia. De allí, perdida la esperanza de cualquier buen suceso, se pasó á tierra firme. Las voluntades de los isleños estaban inclinadas al aragones, y es ordinario que al vencedor todo se le sujeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenaje de fidelidad de los de las islas, y puesto por virey Arnaldo de Eril, el rey de Aragon se volvió con su armada á Barcelona. Los de Ruisellon y de Cerdania, que están en los postreros linderos de España, y eran del rey de Mallorca, fueron molestados con guerra, y les tomaron algunos pueblos.

En esto sobrevino un cardenal, que el papa envió por legado á estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos dias la guerra, demas que entraba ya el invierno, y no trajeron las máquinas que eran menester para batir las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del legado, ni la autoridad del padre santo. Pasado el invierno, por Abril del año mil trescientos cuarenta y cuatro se renovó la guerra con mayor furia; talaron las mieses, quemaron los campos, las ciudades y villas unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del rey de Mallorca le persuadian que era mejor confiarse del rey de Aragon que no experimentar sus fuerzas; otros, para muestra de muy fieles y bravos, con palabras libres y arrogantes decian que ántes moririan que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo; muéstranse ántes de la batalla muy esforzados los que á las veces cuando ven el peligro de cerca suelen ser los más cobardes. El ánimo del rey vacilaba congojado con varios pensamientos, tenia empacho de que pareciese que algu-



no más que él estimase la libertad; pero espantábale mucho y poniale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñan. ¿Qué podia hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza, y las buenas palabras de los terceros: en aquella duda escogió el consejo más seguro que honrado. Envió con D. Pedro de Ejerica á decir al rey que se pondria en sus manos, si le aseguraba primero su libertad y su vida.

Con esperanza, pues, que le dieron, ó él temerariamente se tomó de recobrar su reino por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragon, y con la seguridad que pedia, el mes de Julio vino de Perpiñan á la ciudad de Elna, do el rey de Aragon tenia sus reales. Llegado delante del rey, hincadas las rodillas le besó la mano, y le habló de esta manera: «Errado hé, rey invencible, yo he errado; pero mi yerro no ha sido de deslealtad ni de traicion. Lo que se mepeca por ignorancia, la clemencia, virtud de reyes y tuya propia, lo debe perdonar á un rey humilde, pariente y amigo, y que miéntras sus cosas le dieron lugar acudió á vuestro servicio con grande aficion, y con nuevos y mayores servicios de aquí adelante recompondrá las faltas pasadas. No ha sido uno solo el yerro que he hecho en este caso, yo lo confieso; pero entónces es más de loar la clemencia cuando hay mayor razon de estar enojado. En lo demas yo soy vuestro, de mí y de mi reino haced lo que fuere vuestra merced y voluntad; espero que usaréis conmigo benignamente, acordándoos de la poca estabilidad y constancia de las cosas humanas.»

Á esto el rey de Aragon, con rostro ledo y engañoso le acarcio, excusóle su culpa, y le dijo que merecia ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios á las palabras. Poco despues en una junta de nobles que se hizo en Barcelona, le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el rey de Mallorca: sintió cuán pesada sea la caida de un reino: al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de D. Pedro

de Ejerica le engañaron y sus esperanzas. Así, si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra: pasóse á Francia. Allí primero acudió al papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumision se entró por las puertas del rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Montpellier sobre que era el pleito, por cien mil escudos de oro.

El frances y el papa le recibieron debajo de su proteccion y amparo, ayudáronle tarde y con tibieza, en fin, se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ajeno. Volvió, pues, á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdania y de Ruisellon; pero no hizo otra cosa sino acarrear-se la muerte. Cinco años adelante en una batalla que se dió en Mallorca, fué vencido y muerto por los aragoneses: este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo, por mandado del rey de Aragon, depositaron en Valencia: sus hijos y los de su hermano D. Fernando, que poco ántes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa (si así se puede llamar) ajena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno; desgracia que á muchos pareció injustísima, que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres. En el mismo año en que se ganó Algecira, y que el rey de Mallorca fué despojado del reino, con temeroso y descomunado ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano; y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio segun se entendió de otros mayores males. Murió doña Constanza, hija de D. Juan Manuel y mujer del infante D. Pedro de Portugal, el año siguiente de mil trescientos cuarenta y cinco. Sintieron ella y el marido ménos su muerte, porque él trataba amores con doña Ines de Castro, dama muy apuesta, que servia á la infanta y la trataba casi con igual estado que á su mujer. Lo que fué peor y sacrilego, que sacó la misma de pila al infante D. Luis, hijo de D. Pedro, que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su



padre. Quedaron dos hijos de doña Constanza, D. Fernando y doña María.

Concluida la guerra de los moros con la felicidad que se podía desear, el rey de Castilla, libre deste cuidado, pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto, su mayor deseo era procurar que á ejemplo de los de Búrgos y Leon asimismo los del Andalucía y reino de Toledo le concediesen las alcabalas de las mercaderías que se vendiesen. En lo demás las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecía. En el reino de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fué la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábale que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas, y la majestad real disminuía con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron.

Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal D. Jaime, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del rey desposeido. Además que á los que señorean, siempre les son sospechosos aquellos que están inmediatos á la sucesion del estado. Decíase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragon, era don Jaime sucesor y heredero del reino; que debian ser excluidas de la herencia paterna doña Constanza, doña Juana y doña María, hijas del rey, habidas en la reina su mujer. Por esta razon, hecho vicario y procurador del reino, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término, y trato llano y virtuoso, sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el rey, un día, mandóle dejar el oficio de procurador.

De esta manera, arrebatadamente y sin consejo, se hacian todas las demás cosas, mayormente que por este tiempo, que corría el año de nuestra salvacion de mil trescientos cuarenta y seis, murió la reina de Aragon, mujer de santísimas costumbres, y por el mismo caso

desemejable de su marido: falleció cinco dias despues que parió un niño que vivió tan solamente un día, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia, en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos reyes. Para que el rey tuviese hijo varón con que se evitasen muchas revueltas en el reino, luégo se trató de volver á casarle: para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal á pedirle á su hija doña Leonor.

Deseaba su hermano D. Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tío el rey de Castilla, y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció como era forzoso en esta competencia el rey de Aragon: Ayudó para ello, primeramente D. Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman, y por el mismo caso tambien del rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del rey de Aragon y en agradarle. Así procuró y concluyó de casar á su hijo D. Fernando con doña Juana, prima hermana del rey de Aragon, y hija de D. Ramon Berenguel, con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el más poderoso de los grandes del reino.

Los nobles de Aragon y de Valencia, juntamente con el pueblo, se comenzaron á alborotar: conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion deste alboroto la fuerza que á D. Jaime, conde de Urgel, se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesion y procuracion del reino, y que se hacian leyes y publicaban edictos en nombre de doña Constanza, hija del rey de Aragon, como si ella hubiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon, y á D. Lope de Luna, que era el más principal de los nombrados por tener el señorío de Segorbe, y estar casado con doña Violante, tía del rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á D. Jaime, conde de Urgel, y llamaron de Castilla (donde residian con su madre por



no confiarse del rey de Aragon) á sus hermanos, D. Fernando y D. Juan, con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon: llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tío el rey de Castilla.

El rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo alborotadas son furiosas en los principios, mas que despues con el tiempo y la dilacion se amansan y enflaquecen. Procuró hacer córtes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, más que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano D. Jaime la procuracion del reino, y dado por ninguno lo que primero tenía decretado, fué declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luégo sucedió á D. Jaime, se anubló la luz que comenzaba á resplandecer. El rey de Aragon, por dar prisa á sus bodas, se fué á Barcelona, ca tenía mandado llevasen allí su esposa los que la traian de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona, luégo que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de mil y trescientos cuarenta y siete; fué fama que le ayudaron con hierbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podía tener de que se quería alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime, y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco.

Los hermanos D. Fernando y D. Juan, que acabadas las córtes se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el rey, su tío, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto D. Fernando se fué á Valencia y D. Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demás del tiempo residia, esperaba en qué pararian estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores: de Castilla Fernan Perez Porto-

carrero para hacer las amistades entre los hermanos; de Aragon vino por embajador Muñoz Lopez de Thauste á quejarse de agravios, y á rogar que no se les diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgóseles que el capitán Alvar Garcia de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del rey de Aragon; el cual rey, no sin nota y menoscabo de la majestad real, casi como quien pide perdon se fué á Valencia poco ménos que á ponerse en manos de los conjurados: así se vió en términos de que le perdiesen el respeto y le maltratasen.

Los del rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, ántes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblante del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á tomar las armas, y con ellas en la mano entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real, con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el rey de necesidad hobo de subir en un caballo, y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del rey fuese procurador del reino y despues de la muerte le sucediese en él, y que las hijas quedasen excluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza, y por esta razon se entendia que no serian firmes ni durarian mucho.

Ido el rey, D. Lope de Luna, que ya se pasara á su servicio, no dejó las armas, ántes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el rey y despues mandádoselo. Tenía sus gentes y reales en Daroca y su tierra. D. Fernando, por impedir los intentos de D. Lope, partió de Zaragoza con quince mil hombres, parte de á caballo y parte de á pié. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del río Jalon; no pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar; sobrevinieron en esto los del rey, pelearon á banderas tendidas; los conjurados, por ser gente popu-